



A nadie se le hubiera debido pasar por la cabeza

Pero se les pasó.

¿Por la cabeza?

– ¡Y por dónde iba a ser sino por... — la de Gargayo, que parece que se va soltando pero, aparte de que con los idiomas en general y el francés en particular aún no se atreve, ciertas expresiones nunca fueron lo suyo —: una historia tan hasta tal punto estrafalaria!

¿A quién?

–Ah, pues mire usted, yo — el cartero — estaba nada más de paso que, recuerdo, era por cierto un día en que tenía que repartir cantidad de cartas certificadas...

–Pero...

–Del ayuntamiento — concretando —, con su acuse de recibo...

¿Pero es que iba todo el mundo a lavarse las manos?

¡Hombre, por Dios; un poquito de vergüenza torera, que lo que nos jugamos no tiene precio!

– ¿Y eso quien lo dice?

¿Y eso quién lo dice? Lo dice, *es decir: lo dijo*, dice Gerardo, la señorita Oriana.

Porque era ella, Oriana, y no sólo porque Gerardo aun tan sordo lo recuerde con su cabeza tan bien amueblada, la única que no era la única... Pero, bueno, digamos *la única, ahora, por aquel entonces que no transigía con inexactitudes por mínimas que fueran, era...*

–La señorita Oriana, sí, Gerardo; pero eso ya lo hemos dich...

–Ah, pero eso qué importa ¡Él lo dice tan bien!

– Todo lo bien que a él se lo dijeron — ella, que tal vez irritada por la sordera siempre parece querer quitarle méritos aunque, dulcificando un poco su sonrisa ácida —: ¿No es cierto?

Para de inmediato, quizás arrepentida de haberse suavizado, como queriendo poner a prueba su cabeza, *cómo se llamaba aquella chica...*

Hace él el gesto con la mano de borrar la ausencia de recuerdo *pero* — dice, que dijo — *qué le podría referir de ella que fuese nuevo para usted cuando habrá sufrido en sus propias carnes a la señorita... déjeme recapacitar un*

*momentito... eee... aaa... ¿Benilde, tal vez? No, ¿eh? Pero le advierto que es lo mismo como suelen ser todas tan cortadas por el mismo patrón, en realidad.*

*El caso es que le echaba la bronca y “Enedina — dice, tal y como recuerda se le dijo —, Enedina, cuándo sentarás la cabeza”.*

*Y Enedina, un poco avergonzada, jugueteaba incómoda con cualquier cosa que tuviese a mano y se lamentaba “lo siento, lo siento, de veras que lo siento”, compungida y al filo de las lágrimas considerando, por un lado — en un alarde de sensatez del que pero ten presente era advertida por una voz en off que inundaba la estancia no deberás jamás vanagloriarte —, cuánto menos agotador que esta lucha le resultaría sentar de una vez por todas la cabeza, ahí junto al ventanal como al abuelo, en su mecedora, con una manta sobre las rodillas y, por otro — asintiendo inclinándola para hacer a la postre lo que le venía en gana —, que por culpa de su insensato proceder podía estar dando al traste, sin quererlo, con las expectativas de...*

*—Toda esta gente — exageraba dice acompañando sus palabras de un giro sobre sí misma y de un extender el brazo derecho con gesto algo más teatral que lo puramente necesario sin moverse.*

*Exageración en la que, lo mismo que sucedía con el trapo de cocina de doña Magdalena pese a lo mucho que desentonaba con su precioso vestido y los pendientes largos, ninguno de los presentes reparaba o, si lo hacían, disimulaban estupendamente y seguían cada cual con lo suyo sin pronunciar palabra.*

*Era la norma. Que dijo, dice.*

*— Pero qué le podría contar de normas; cuando ustedes también tendrán las suyas porque, allá donde exista algún tipo de proyecto, siempre existirán infinidad de norm...*

*— O no tantas.*

*Bajó entonces el brazo y, al alzar la cabeza, pudo ver que quien había hablado era una señora que, junto a su esposo ocupado en leer los titulares del periódico, tomaba el sol acodada en la ventana de un tercer piso.*

*— ¿No tantas? — pesarosa ahora, entonces, de estar prolongando sin guión una escena que, de otra manera (dice*

Gerardo), habría finalizado tras su actuación sin mayor sobresalto.

*–No, porque considerando que... aquí mi esposo, y yo misma, no tenemos ninguna...*

Quedó algo desconcertada por el tono, amable y festivo, y por la altura ya que, lo previsible, habría sido escuchar increpaciones y amenazas preferidas con ceño fruncido y tono adusto por un individuo calvo y, siempre, desde un primer piso.

Aquella señora tan risueña lucía, además de una sonrisa tan cordial y aquella voz cantarina, una melena envidiable.

Recordaba asimismo *vagamente y algo hambrienta* — la memoria de Gerardo es prodigiosa *porque debía de ser fin de semana y la mayor afluencia de clientes al restaurante frente a cuyos ventanales cada noche cruzaba hacía que de la cocina saliese un olor más intenso que a diario* — que anduvo desasosegada uno días preguntándose si no habría debido mostrarse sorprendida también por el hecho de que, habiendo ella afirmado que era de noche, la pareja tomase el sol sin que nadie protestara. Se tranquilizó, sin embargo, al recordar que el marido en vez de murmurar algo inaudible y pasar (sin leerlas) según era costumbre tres o cuatro páginas del diario abandonó la lectura y, quitándose las gafas, explicó:

*–Habrán de disculpar a mi esposa por intervenir sin haber sido invitada, pero es que no somos de aquí.*

*– ¿Ese es el porqué de la ausencia de normas?*

*– ¡No! — el marido pareció recordar haber olvidado leer algo importante, porque volvió a abrir las gaf... pero las volvió a cerrar para, en tono que dejaba patente no esperar réplica, sorprender a todos con —: sólo el de la ausencia de expectativas.*

*Y ella — dice — no sabía aún cómo sorprenderse por dos cosas a la vez.*

Se quedó sí de una pieza al instante siguiente *con perfecto aplomo, cuenta; pero no tiene mérito, se lo confieso — a mí, dice —: habían pasado unos siete segundos y ya no tenía intrínquilis ninguno por muy poquitas tablas que se tuviesen el salir airosa cuando habiendo imaginado, ¡tonta de ella!, que*

al imprevisto comentario del marido no habría réplica, el cartero, con absoluta serenidad y como la cosa más natural del mundo, barajando unos sobres adujo:

–Pero están aquí, ¿no?

–Ah, sí, lo estamos; pero de forma ocasional — y, a la esposa —: ¿verdad?

Había abierto de nuevo las gafas, aunque se notaba que *esta* aquella vez sin intención de leer nada y sólo por conferir a su gesto un cierto aire de eventualidad, que permaneció contemplando unos instantes, empañadas, con los ojos un poco entornados.

Ahora, mientras pronunciaba la última frase, las cerró de forma al parecer definitiva porque las deslizó en el bolsillo superior de la camisa — a cuadritos, de manga corta — al tiempo que rodeaba con el brazo libre los hombros de ella (la esposa) que, envarada, un poco violenta, como cohibida y con los labios algo temblorosos, asintió con una sonrisa forzada y un escueto:

–Sí: vamos de paso.

Y que se quedaron los dos muy quietos, con la mirada al frente y una mueca que podía evocar, remotamente, la sombra congelada de... bueno, “una sonrisa”, *ya lo he dicho*, que dijo, *aunque concretando un poco más y si tal es su deseo no tengo inconveniente en precisar “de foto” e incluso, afinando un poco más, “de boda”*.

– ¿Significa eso que no van a esperar?

*La pregunta la debía formular recuerda Gerôme — el abogado del sexto — que tras un duro día, seguro, de pleitos y demandas entró dice desprevenido y a paso muy rápido, camino del ascensor con su enorme cartera y su frente sudorosa y la corbata un poco ladeada, sin intención aparente de brindar a la concurrencia algo más historiado que un “buenas tardes”*.

Fue tal vez eso, el despiste, pero gracias aún así a que su buen amigo — Villegas, del cuarto, con el que no se hablaba — se interpuso desde lejos en su camino con un jovial “¡aquí llega nuestro insigne letrado!”, lo que hizo que la formulase con un *apenas, justo es señalarlo* apunta ecuánime Gerardo, *retraso*.

–No, no — el marido.

—Oh, no — la mujer.

Y recobraban ambos, precipitadamente *pero hay* comenta que le dijo aquella chica *que comprender que eran recién llegados*, la frescura de su estar; se relajaban, se subían con sus piernas un poco reumáticas al carro posiblemente renqueante de su matrimonio... ¡treinta años, y parece que fue ayer!, recuperaban retoños ya crecidos y quién sabe si algún nieto y, la voz de ella, volvía a sonar tan argentina como aquella primera vez cuando, arreboladas las mejillas, balbució un “no sé si debo...” aunque nadie la oyese y Vilja, del cuarto, protestara que la mosquita muerta de la nueva se estaba colando de rondón.

—*Porque lo de los turnos, ¿sabe?* — Que le dijo —, se llevó siempre muy a rajatabla.

El abogado, entonces, *ahora sí* consciente de los gestos que el cumplimiento puntual de su cometido implicaba, detuvo su paso y se giró tan en seco que la cartera repleta de documentos o legajos actuó de péndulo... *o de contrapeso, no sé expresarlo bien* — que dijo la chica — *pero el caso es que lo hizo girar más de lo que él quería* y pareció, con los brazos separados un poco del cuerpo Gerardo — que la mujer le dice “lo hemos entendido, siéntate que te vas a marear”, y que no hiciera el tonto — una marioneta o un juguete mecánico.

—Pues, no sé — objetó cuando tras una breve pugna entre las fuerzas centrífuga y centrípeta *que yo, ella, habría omitido pero como la señorita Berta me miró de aquella manera tan suya comprenderá usted que...* logró quedarse firme — si se ajusta eso a derecho.

—Según los artículos tantos y cuántos — *contestó el interventor de siempre y que aquel día no estaba siendo otro que el hijo menor del matrimonio compuesto por Vilja y su esposo; aficionado él a silbar melodías patrióticas cuando abría el buzón y ojeaba su correspondencia* —, no exactamente. Pero si los señores no están interesados en participar en el proyecto...

*Hablaba como quien, ilustra, está vistiendo su primer traje de ejecutivo, que para la ocasión y por cierto llevaba. Estaría de más el mencionar el orgullo con que lo miraban sus papás; y tampoco hará falta dar cuenta de su*

*porte engreído ni de la mirada desdeñosa con que obsequió a los contrayentes... quiere quería decir a los de la foto — que le quedó como forma de identificarlos por lo mucho que le recordaban la verdadera, de sus verdaderos padres, enmarcada y un poco torcida sobre el trincherero del comedor —; un desdén tan grande que, por suavizar, un señor mayor del octavo de apellido muy corriente solicitó comprensión para ellos alegando que, si pese a su desinterés allí estaban, no podía ser sino movidos por un sentimiento tan bello como la filantropía.*

*Y que si no les parecía, sigue, un gesto encomiable.*

*— ¿Encomiable? — Una del bajo, Mili, que era por lo visto muy raspa y milagro sería que estuviera un rato sin abrir la boca —, ¿encomiable y cuando llegue el momento definitivo, el de esperar, dirán que se marchan?*

*Y que había que votar.*

*—Yo propondría — una señora que se había mudado hacía unos meses, después que Bernardina, que hablaba poco y ni sabían cómo se llamaba — que no nos opusiéramos a que sigan estando, aunque continúe siendo de paso.*

Y que si se les daba tiempo lo mismo se animaban a quedarse a esperar.

- Ya — una que sí sabían cómo se llamaba, que la conocían de siempre y que la cabeza le regía que era una lástima —, pero si tardan mucho en animarse, ¿qué les tocará, lo mismo que a mí que llevo toda la vida esperando?

Y que si no ahí tenían el asunto del agua, tan poca que gastaba. Y que quería su contador para ella sola.

El señor de apellido muy corriente que no era Mosteiro insistió, sin embargo, argumentando que si esperaban poco pero con muchas ganas la balanza a lo mejor se equilibraba y el resultado terminaba siendo válido.

Esto pareció razonable a casi todos excepto al hijo y al esposo de Vilja que, puestos en finanzas, contraatacaron con qué pasaría con los beneficios que obtuvieran, “porque no olvidemos que no son de aquí”, si a la postre se marchaban.

-Ah, si tal sucediese — el marido — renunciaríamos al beneficio gustosos, ¿verdad, Adriana?

- ¡Naturalmente! — ella.

- ¿A cambio de qué? — el marido de Vilja.

A nadie se le hubiera debido pasar por la cabeza

- A cambio de nada – el marido de Adriana.